

SUBIRACHS, UN CREADOR DE LA ESCULTURA

De un tiempo a esta parte la escultura contemporánea española ha alcanzado el rango que tiene en la actualidad la pintura, o sea, un primer plano en el concierto mundial.

Los nombres de Chillida, Chirino, Feliciano, etc., son hoy cita imprescindible en el recuento internacional. Y a ellos se puede añadir el de Subirachs, el de este Subirachs que desde hace años, muchos años, sigue en la vida artística buscando y buscando. Y ahora, en el Ateneo Madrileño, hace una escultura «nueva». Contra lo que la gente cree, si hay algo nuevo bajo el sol, cuando a la novedad la miramos desde un punto de vista de formalización; aunque en el fondo no haya nada o casi nada; aunque cada día con cada nacimiento de un hombre se estrene un alma.

Subirachs ha estrenado, tras larga búsqueda, un alma nueva en la escultura; ha estrenado una formalización distinta, ha estrenado algo inédito, y ya es difícil encontrar algo inédito en la escultura, algo inédito en arte, algo que se «escape», algo que se diferencie de los demás, en tiempos en que tantas cosas se parecen, en que tantos creadores «crean», unos a favor de otros, algunos «en contra».

Esta exposición de Subirachs en el Ateneo es una muestra viva de alguien que busca tres pies al gato de la escultura, de alguien que sigue una pauta estética en la cual se halla inserto el espíritu de nuestro tiempo, ese espíritu que se traduce de mil maneras diferentes; pero siempre siguiendo el guión entre el que se debate el arte a través de los tiempos: Clasicismo y romanticismo.

Subirachs es un clásico. Lo es viendo esas caras, esos rostros invertidos, esas concepciones en las cuales el artista representa una vida inmóvil; pero una vida, siempre, recogida a través de una nueva realidad de un «pop art» escultórico, donde nada aparece desmañado, donde nada surge como por casualidad, por arte de encantamiento artístico, sino que todo está medido, equilibrado, con sentido clásico, tanto en los perfiles de volúmenes que representan una cabeza de mujer, como en esas superficies pulidas, «moldeadas», acariciadas con un amor de orfebre, con un enamoramiento hacia la materia de artista que sabe el valor que tiene una superficie lisa, una superficie manchada con intención de valoración, con intención de que las cosas, los objetos, adquieran por sí mismos una atracción propia.

Subirachs ha demostrado en varias ocasiones, en muchas etapas, que es capaz de realizar desde una puerta de bronce, al estilo con que lo hiciera un artista del Renacimiento, hasta esa pequeña escultura expresionista llena de gracia, de humanidad, «contenida en un vaso»...

Esta exposición, grave, seria, formal, exigente, clásica; aunque algún despistado —entre tantos— no lo vea así, es la demostración de cómo Subirachs ha encontrado su propia expresión, ha encontrado «su» belleza, esa belleza que persigue, y consigue, tras un trabajo tenaz, tras un trabajo impropio, tras un trabajo espiritual, en el que, por fin, y por ahora, ha dado en la verdad inmediata, en el pulso que le rodea, con unas obras que estarían perfectas, en un pequeño y contemporáneo Partenón... — M. SANCHEZ-CAMARGO.